

Bolívar en la historiografía**

Resumen: Omnipresente en la Venezuela de hoy día, la figura de Simón Bolívar ha sido objeto de múltiples interpretaciones historiográficas, a menudo cruzadas, que definen, tanto desde Venezuela hacia el exterior, como desde el exterior hacia Venezuela, la imagen imperante del personaje. Héroe romántico por excelencia —en un primer momento— Bolívar fue considerado como precursor del Panamericanismo y defensor del ideal liberal. A partir de la consolidación del Estado venezolano en el último tercio del siglo XIX, Bolívar se vuelve referencia identitaria “oficial” del orden establecido: una interpretación cuyo matiz “conservador” tendría sus ecos en Europa, donde el Libertador pasa a ser precursor del anti-parlamentarismo y de un cesarismo de corte bonapartista asimilado por el fascismo italiano. Con el período de la “guerra fría”, Bolívar es objeto de competencia entre bloques ideológicos: campeón de la libertad para unos; precursor del anti-imperialismo y de la guerra revolucionaria para otros. El culto bolivariano actual en Venezuela, asimilado a una religión de Estado, intenta lograr una síntesis imperfecta entre el mito “oficial” del superhombre y el mito radical del revolucionario social.

Cualquier persona que visite Venezuela, y más aún desde la llegada al poder del teniente-coronel Hugo Chávez a fines de 1998, se podrá dar cuenta de la obsesiva omnipresencia de Simón Bolívar a todo lo largo y ancho del país. El hecho, en sí, no es particularmente novedoso. Hace ya más de un siglo que, por disposición legal¹, las plazas principales de todos los pueblos venezolanos deben, obligatoriamente, llevar el nombre de “Plaza Bolívar” y que un retrato del “Libertador” debe, obligatoriamente, figurar en la pared de toda oficina pública. Ello, sin contar con la plétora de monumentos, bustos, calles, avenidas, divisiones administrativas, edificios públicos o instituciones que declinan al infinito todas las posibles denominaciones vinculadas con la figura de Bolívar y

* Nikita Harwich (n. en 1951), catedrático de Historia de América Latina Contemporánea en la Universidad de Paris X-Nanterre. Áreas de especialización: comercio exterior, inversiones extranjeras, historia de las ideas, historiografía. Publicaciones: Banca y Estado en Venezuela (1987); Asfalto y revolución (1992); Histoire du chocolat (1992); Ocumare de la Costa, región cacaotera (en preparación).

** Conferencia dictada el 29 de octubre de 2002 en el marco del seminario “La figura de Simón Bolívar en la novela hispano-americana del siglo XX”, dirigido por Ingrid Galster en la Universidad de Paderborn (Alemania).

¹ Por decreto del 18 de noviembre de 1872, emitido por el entonces presidente de la República, general Antonio Guzmán Blanco.

las circunstancias que rodearon su vida.² Finalmente, por disposición de la constitución vigente desde 1999, el nombre oficial del país ha sido cambiado por el de “República Bolivariana de Venezuela”. Si bien es cierto que Venezuela no es el único país en donde la figura tutelar del “padre de la Patria” ha dado lugar a apoyados homenajes, el caso de Bolívar supera con creces al de figuras como Jorge Washington, Mustafá Kemal “Ataturco” o José Martí en cuanto a su impacto en la configuración de una referencia identitaria nacional. Que Simón Bolívar haya poseído “en el más alto grado los dones del hombre de acción y del pensador” como escribiera en una oportunidad Arturo Uslar Pietri (1994: I, 478), es una afirmación que no amerita duda alguna, pero el culto del cual es objeto en su tierra natal ha derivado en gran parte de la interpretación peculiar a la cual ha dado lugar el tratamiento historiográfico del personaje: la de un héroe que pudiera servir para todas las causas y todas las circunstancias. De ahí el título del presente ensayo.

I

La primera visión historiográfica de las guerras de independencia de Suramérica y sus protagonistas, como muchas veces suele ocurrir, se definió a partir de la forma en que estos acontecimientos fueron percibidos desde el exterior, esencialmente –en este caso– desde Europa. Con el fin de las campañas napoleónicas y la consolidación de la Santa Alianza, la lucha de los patriotas hispanoamericanos pronto se convertiría en *cause célèbre* para toda una generación que rechazaba el pesado conformismo de un retorno impuesto a las normativas del Antiguo Régimen. Por su acción y por su pensamiento, tal como era percibido a través de los informes de las gacetas de prensa, Bolívar pasó a ser entonces la encarnación por excelencia del héroe liberal y romántico, un ejemplo a seguir para futuras emancipaciones.³

No es de extrañar, por lo tanto, que la primera nota biográfica europea que se conozca, hasta la fecha, del Libertador, haya sido publicada en Milán, en 1818, como parte de una *Serie di vite e ritratti de' Famosi Personaggi degli Ultimi Tempi*. Su autor, Luigi Angeloni (1759-1842), exiliado para entonces en Francia, había sido un destacado protagonista de la República romana de 1798-99 y figuró como un determinado animador de los círculos conspirativos jacobinos italianos (Filippi 1987: 84-92; Filippi 1986: 500-502). No es de extrañar tampoco que el celebrado poeta Lord Byron, al denunciar en su poema *La Edad de Bronce* (diciembre de 1822-enero de 1823) la pretensión de los monarcas europeos, reunidos en el Congreso de Verona, de reprimir los movimientos liberales de España y de Italia, mencione explícitamente a Bolívar –junto con Washington– como un parangón de la libertad (Filippi 1986: 424-427).

El desencantado final de la hazaña bolivariana y la prematura muerte del Libertador, desterrado a semejanza de Napoleón, no podía menos que agregarle una dimensión adi-

² Por ejemplo, el principal hospital de maternidad de Caracas lleva el nombre de “Concepción Palacios”, la madre del futuro “Libertador”.

³ Así en París, los círculos liberales más entusiastas lanzaron por un tiempo la moda del sombrero “a la Bolívar”, un sombrero de copa estirado en punta hacia ambas extremidades, el cual, según sus críticos, no dejaba de ser un tanto solemne por no decir ligeramente ridículo (Vayssiére 1988: 12).

cional a esta imagen del héroe romántico, sacrificado por la incompreensión de sus contemporáneos. Las necrologías de Bolívar, aparecidas en los principales diarios del Viejo Continente reconocían, de manera unánime, las singulares virtudes del personaje. Para el renombrado historiador francés Auguste Mignet (1796-1884), Bolívar había sido un “afortunado mortal porque fue grande por sus hazañas guerreras [...] y supo permanecer fiel a la libertad como hijo sumiso que era. [...] Gran lección para nuestra vieja Europa, siempre dispuesta a calificar de ilusorios a estos gloriosos principios” (Citado en Filippi 1986: 237).⁴ A esa misma conclusión llegaba el *Aftonbladet* de Estocolmo (Filippi 1986: 1025-1029). Al reseñar los últimos momentos de vida del Libertador en Santa Marta, el *Amsterdamsche Courant* recalca el hecho de que a Bolívar “ni en la hora más dura de su delirio se le escapó reproche o expresión alguna de rencor contra sus enemigos” (citado en Filippi 1986: 891). Hasta el *Moskovski Telegraf* reconocía que hacía poco “había dejado de existir uno de los grandes hombres de nuestro siglo [...] con la aureola de una gloria inmaculada” y cuya última proclama no era menos que “la voz conmovedora de la virtud” (citado en Filippi 1986: 916). Para el *Times* de Londres, sin embargo, los “conocimientos y capacidad superior” de Bolívar se veían limitados por la difícil situación que había tenido que enfrentar. La gran distancia que separaba al libertador de Sudamérica de Jorge Washington no era mayor a la que hubiese podido existir “entre los colonizadores de Inglaterra y de España”. Y el hecho de que los empréstitos concedidos por la City a las nuevas repúblicas americanas hubiesen desembocado en una moratoria general no podía menos que afectar la imagen del recién fallecido personaje: “en el mercado de la Bolsa –concluía el *Times*– nos tememos que la gloria del Libertador se encuentre ahora sujeta a descuento” (citado en Dawson 1990: 227).⁵

Como podía esperarse, la única voz francamente discordante en cuanto a esta primera visión de Bolívar y de su acción política provino de los círculos conservadores españoles. En 1829, el economista, historiador y diplomático peninsular Mariano Torrente (1792-1856)⁶ inició la publicación de su *Historia de la revolución hispano-americana*, en tres tomos, donde Bolívar era presentado como el “sedicioso”, “rebelde”, “villano” y principal responsable de la pérdida de “unos países que de tan legítimo derecho pertenecen a la Monarquía española” (Filippi 1986: 108). Curiosamente, la interpretación de los

⁴ Mignet, por lo demás, había sido uno de los destacados dirigentes de la revolución liberal francesa de julio de 1830.

⁵ La traducción citada en Filippi (1986: 434) no corresponde exactamente al sentido original del texto en inglés.

⁶ Nacido en el pueblo aragonés de Barbastro, Mariano Torrente colaboró en un primer momento con el régimen napoleónico en España, lo que le valió por un tiempo el apodo de “afrancesado”. Posteriormente, se distinguió al servicio de Sir Robert Kennedy, ministro principal de Hacienda del ejército inglés que combatía las tropas de Napoleón. Con el regreso al trono de Fernando VII, inició una carrera diplomática que lo llevó a ocupar los cargos de cónsul de España en Civitavecchia y, luego, después de una interrupción durante el trienio liberal, en Livorno (1825-1829), donde presumiblemente preparó el manuscrito de su *Historia de la revolución hispano-americana*. Nombrado tesorero de rentas en La Habana en 1833, pasó el resto de su vida en Cuba, exceptuando un breve período en que fue elegido diputado a las Cortes por la provincia de Huesca (1841-1843). Fue autor de varios trabajos referidos a los problemas económicos de Cuba, destacándose su *Bosquejo económico político sobre la isla de Cuba* (1852). Falleció en La Habana. El título de un periódico que ahí fundó en 1842, *Conservador de ambos mundos*, sintetiza lo que, a fin de cuentas, fue su posición ideológica.

acontecimientos que dio Torrente sólo reflejaba una posición oficial identificada con el absolutismo fernandino. Después de la muerte de Fernando VII, el tono cambiaría y la primera biografía del Libertador, publicada en el *Semanario Pintoresco* de Madrid en 1837, no dejó de reconocer los “méritos” y el lugar importante granjeado en la historia “al famoso *libertador* de Colombia” (citado en Filippi 1986: 106-110).

Pero la *Historia* de Torrente tendría como principal consecuencia la de motivar una refutación por parte de la historiografía venezolana. De hecho, las dos primeras historias de Venezuela escritas después de la independencia fueron, en parte, concebidas como una respuesta a la “multitud de falsedades con que el español D. Mariano Torrente ha querido lastimar la conducta de los americanos, siempre imbéciles a su modo de pensar” (Montenegro y Colón 1960: I, 91-92). Inicialmente previstas como unos simples apéndices a tratados de geografía, las historias de Venezuela de Feliciano Montenegro y Colón (1833-37) y de Rafael María Baralt (1841) constituirán los primeros elementos de un *corpus* historiográfico nacional, cuyo carácter oficial se veía confirmado por el patrocinio concedido, en ambos casos, por el Estado para su elaboración e impresión (Harwich Vallenilla 1994: 193-206; Franceschi 1994; Plaza 1990: 63-96).

La figura de Bolívar ocupa ciertamente un lugar importante en las páginas dedicadas a relatar los acontecimientos de la emancipación, pero el tono del relato –tanto en el caso de Baralt como en el de Montenegro y Colón– procura mantenerse dentro del marco de una cierta neutralidad en términos “bolivarianos”. Después de todo, quienes gobernaban entonces Venezuela, entre ellos el propio caudillo máximo José Antonio Páez, habían sido los principales responsables políticos del destierro del Libertador y del desmantelamiento de la Gran Colombia bolivariana. Por ello también, quizás, ambas historias se preocuparon más por destacar el aspecto puramente militar de las campañas independentistas⁷, menos sujeto a interpretaciones que fueran más allá del hecho mismo. Como afirmaba Baralt: “los trabajos de la paz no dan materia a la historia” (Baralt 1939: III, 144).⁸

Pese a las críticas y a la relativa indiferencia de las cuales fueron objeto, estos primeros elementos del *corpus* historiográfico venezolano servirían como fuente principal de referencia para la redacción de los primeros manuales escolares de “historia patria”, aunque bajo una versión truncada a través de la cual el relato podía adquirir la forma canónica de un imaginario colectivo. La Independencia pasaría entonces a ser la génesis de una epopeya que ponía en escena a personajes netamente contrastados: por un lado, los malvados; por el otro, los héroes (Harwich Vallenilla 1988: 349-388). Y, entre estos últimos, Bolívar pronto habría de adquirir una dimensión excepcional. Ya lo vaticinaba el historiador y ensayista inglés Thomas Carlyle, el destacado exponente de la teoría del héroe, cuando escribía en 1843: “En verdad, como Ulises, su historia [la de Bolívar] merecería la tinta necesaria para escribirla, ¡si hubiera aparecido el Homero capaz de hacerlo!” (citado en Filippi 1986: 441).

La repatriación de las cenizas del Libertador a Caracas, en 1842, marcó el inicio de una progresiva revisión de criterios. La publicación, ese mismo año, del libro *Mis exe-*

⁷ Como lo señalamos en un estudio anterior (Harwich Vallenilla 1994), ambos autores provenían de la carrera militar.

⁸ Se refería específicamente aquí Baralt a la situación en Venezuela durante el año de 1824.

quias a Bolívar en el cual su autor, Juan Vicente González (1810-1866), recogía una serie de artículos que, sobre el tema bolivariano, había escrito desde 1831, ponía de manifiesto el carácter excepcional del personaje. El innegable talento literario de González, al cual se unía la profunda admiración que sentía desde niño por la figura del Libertador, pronto lograría crear el tono y los estereotipos de un discurso que buscaba, con una exaltación romántica de personajes heroicos digna de los preceptos enunciados por Carlyle, moldear los rasgos de una genuina identidad nacional consensual. Ese mismo tono sería el utilizado por Felipe Larrazábal (1816-1873), quien publicó en 1865 la primera biografía de Bolívar escrita por un autor venezolano. El hecho de que González fuese uno de los corifeos del bando conservador y Larrazábal un destacado representante del Partido Liberal mostraba el grado de consenso alcanzado.

Este consenso podía valerse, además, de nuevos argumentos que destacaban, a veces de manera radicalmente opuesta, la vigencia del pensamiento y de la obra del Libertador. En 1865, el jurista neo-granadino José María Torres Caicedo (1830-1889) invocó el papel precursor desempeñado por Bolívar, a través del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, en cuanto a la formación de una unión genuinamente “latino-americana” (Torres Caicedo 1865); hecho que destacó igualmente desde Francia el saint-simoniano Michel Chevalier (1806-1879)⁹, aunque con una perspectiva muy distinta: la Unión Latino-Americana que propugnaba Chevalier debía servir, entre otras cosas, para justificar la intervención francesa en México y el efímero gobierno imperial de Maximiliano de Habsburgo. Por su parte, al exaltar las virtudes republicanas de Bolívar, en contraste con el ejemplo negativo de la ambición imperial de Bonaparte, el médico y político parmesano Luigi Musini (c. 1835-1903), en la biografía que le dedicaría en 1876, veía en el Libertador un genuino representante de los valores que deberían de haber guiado el *Risorgimento* italiano (Filippi 1987: 118-132; Filippi 1986: 510-520).

Pero le tocaría al régimen del general Antonio Guzmán Blanco fijar definitivamente los cánones que regirían para Venezuela las modalidades del culto bolivariano. El movimiento armado que lo trajo al poder, en abril de 1870, consagró la hegemonía del Partido Liberal. Al mismo tiempo, el conflicto que, a partir de 1872 opuso el poder civil a las autoridades eclesiásticas, favoreció la promoción de la versión tropicalizada de una *Kulturkampf* en que la figura del Libertador serviría de referencia central. Además de favorecer un sentido de cohesión nacional, esta nueva religión cívica podía valerse de un conjunto de circunstancias que contribuían a su justificación.

En primer lugar, se dispondría ahora del conjunto de compilaciones documentales que permitían fundamentar los acontecimientos de la vida de Bolívar sobre una base irrefutable desde el punto de vista de la erudición histórica. La primera colección de *Documentos relativos a la vida pública del Libertador*, a cargo de Francisco Javier Yánes y Cristóbal Mendoza, publicada entre 1826 y 1833, se vería ahora ampliada y completada por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, mediante una nueva edición en 14 tomos, orde-

⁹ A la muerte del Libertador, Chevalier había publicado en *Le Globe* (París, 6 de marzo de 1831) una necrología en la que, al rendir homenaje a la obra providencial realizada por Bolívar, afirmaba, sin embargo, la necesidad de una profunda reorganización del mundo americano que sólo Europa, una vez regenerada ella misma, estaría en condiciones de promover (Filippi 1986: 279-281). Tanto a Chevalier como a Torres Caicedo se les atribuye la paternidad del término “América Latina”.

nada por el propio Guzmán Blanco, que vería la luz entre 1875 y 1878. Por otra parte, el monumental fondo de archivo recopilado durante su vida por el general Daniel Florencio O'Leary (1801-1854), uno de los edecanes predilectos de Bolívar, también ahora tomaba el camino de la imprenta bajo la forma de 32 tomos publicados entre 1879 y 1888 (Harwich Vallenilla 1994: 195-196). Aún en la actualidad, la colección de Blanco y Azpurúa y la de O'Leary forman la base de todo estudio bolivariano serio. En lo inmediato, permitieron corregir algunos errores sorprendentes: hasta entonces, por ejemplo, no se tomaba en cuenta la fecha del nacimiento de Bolívar, que se celebraba por tradición el día de su santo onomástico, San Simón, el 28 de octubre.

En segundo término, la necesidad de apoyar la religión cívica que auspiciaba sobre unos “lugares de memoria” concretos llevó a Guzmán Blanco a promover la instalación de obras de ornato, así como la construcción o remodelación de edificios públicos para tal propósito: así la erección de la estatua ecuestre del Libertador en la recién rebautizada “Plaza Bolívar” de Caracas; o la transformación, en 1875, de la antigua iglesia de la Trinidad de Caracas en “Panteón Nacional”, según el modelo francés, cuyo primer huésped —evidentemente— fue el propio Bolívar, trasladado desde su sepulcro provisional ubicado en la vecina catedral. En 1879, decretó también Guzmán Blanco la creación de una nueva moneda nacional —el bolívar de plata— que ha sido, hasta la fecha presente, el nombre de la moneda venezolana.

Finalmente, las casualidades del calendario conmemorativo favorecían todos estos proyectos: en 1883, se celebró el primer centenario del nacimiento del Libertador, motivo de una serie de manifestaciones que le permitieron a Guzmán Blanco proyectarse como el continuador de la obra de Bolívar y como el demiurgo de una renovada independencia nacional bajo el signo del orden y del progreso positivistas. Figura suprema del panteón cívico, “destinado por la Providencia a ser el Libertador de su patria y de casi toda la América del Sur y a elevar su gloria hacia las más altas cumbres de la historia humana” (Esteller 1886: 48), Bolívar se convirtió en la referencia obligada y prácticamente única de un imaginario colectivo. El tono quedó fijado en los manuales escolares, varios de los cuales fueron encargados con motivo de la fecha centenaria, y consagró la consolidación efectiva o, mejor dicho, afectiva del patriotismo venezolano. Parafraseando el título de la evocadora obra de Eduardo Blanco (1838-1912), publicada en 1882, Venezuela no podía ser menos que “heroica” y re-encontrar, mediante la emulación de las virtudes de un pasado, transformado en historia oficial —la única aceptable y, por ende, verdaderamente patriótica—, la fuente de redención para las limitaciones del presente.¹⁰ La creación, en 1888, de la Academia Nacional de la Historia completaría en ese sentido el marco institucional requerido.

Paradójicamente, la consagración de Bolívar como *alfa y omega* del discurso patrio venezolano inauguraría una ruptura, en términos de producción historiográfica, entre una *vulgata*, repetida y reproducida a la manera de un credo y la dinámica evolutiva de las interpretaciones acerca de su figura, personalidad y actuación.

¹⁰ Publicada con un prólogo de José Martí, *Venezuela heroica*, logra ser una “epopeya en prosa” de la guerra emancipadora y se convierte en uno de los símbolos literarios del culto a la patria venezolano, cuya lectura se hará obligatoria en los planteles escolares.

II

En efecto, el proyecto nacional al servicio del cual se invocaba ahora la memoria del Libertador permanecía oligárquico en su esencia. Al promover un consenso en torno a los valores patrios, Bolívar se convertía en garante del orden establecido. Enemigo de las facciones, era por lo tanto enemigo de la anarquía. Y pese a que la guerra de independencia había sido una guerra civil, como lo demostró Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) en la conferencia de 1911 que conformó el primer capítulo de su *Cesarismo Democrático*, Bolívar se daba perfectamente cuenta de la necesidad de ajustar las instituciones a lo que percibía como propensión intrínseca de la sociedad hispano-americana hacia la disgregación. De ahí que su visión política, particularmente en la última etapa de su actuación, haya favorecido un poder ejecutivo fuerte de corte cesarista, pero siempre republicano, lo que dejaba sin verdadero fundamento la supuesta “tentación monárquica” que se le había atribuido. Bolívar podía ser, en algunos aspectos y como última reminiscencia de un romanticismo utópico, heredero de Don Quijote, como se complació en calificarlo Miguel de Unamuno (Pestrinaux 2003), pero las dificultades que había tenido que enfrentar se encargaron de no hacerle perder el sentido de la realidad.

Esta interpretación conservadora del personaje se ajustaba, por lo demás, a las circunstancias políticas que atravesaba Venezuela. La férrea dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), al aprovechar los cimientos echados por el régimen guzmancista, pudo mantener y ampliar la heroica imagen oficial del Libertador. A tal efecto se destaca la obra llevada a cabo a partir de ese momento por Vicente Lecuna (1870-1954). Banquero de profesión e historiador por afición, Lecuna se dedicó a la tarea de recopilar y publicar en forma sistemática la correspondencia de Bolívar, de contribuir al rescate de la Casa Natal del Libertador en Caracas, que convirtió en un templo dedicado a la exaltación de la memoria del “Padre de la Patria”, y de promover la minuciosa investigación, en particular de su actuación como jefe militar. Para Lecuna, era, por lo demás, indispensable que Bolívar fuese, literalmente, un héroe intachable en todos los aspectos de su vida, tanto pública como privada.

Pero la visión de un Bolívar defensor del orden encontraría también un eco del otro lado del Atlántico. El relativo desencanto en cuanto a los alcances reales de la modernidad política y de un parlamentarismo no siempre exento de limitaciones, contribuyó al auge de un cuestionamiento del liberalismo como solución para los problemas planteados por la evolución de las sociedades y a la reactualización del debate en torno al cesarismo. Para los intelectuales que giraban en torno a la *Action Française* en Francia o, a partir de 1922, en torno al Estado fascista italiano, la figura del Libertador podía ser ventajosamente evocada y sus decisiones en el ámbito institucional citadas como ejemplo, guardando las distancias del caso.

El historiador Marius André (1868-1927), uno de los secretarios de Charles Maurras, el conocido dirigente de la *Action Française*, desarrolló así un profundo interés por los problemas de la emancipación hispano-americana¹¹ y publicó en 1924 una biografía de

¹¹ En 1922, había publicado un estudio titulado *La fin de l'empire espagnol d'Amérique* (192 pp.), con un prólogo escrito por el propio Maurras.

Bolívar cuyo título, *Bolívar et la démocratie*¹², dejaba claramente ver que, más allá de la carrera vital del personaje, era su actitud con respecto al ejercicio del poder popular y sus repercusiones sociales lo que importaba (André 1924). Unas reflexiones similares se manifestaron también en *La vie de Simon Bolívar* de Georges Lafond y Gabriel Tersane, publicada en 1930 –probablemente con motivo del centenario de la muerte del Libertador– en una colección de biografías históricas lanzada por la venerable casa editorial francesa Gallimard (Lafond/Tersane 1930).

Esa misma interpretación cesarista y autocrática de la figura de Bolívar sería ventajosamente exaltada como un lejano antecedente de la ideología del fascismo que recuperaba, de igual forma, el paralelismo que antaño se había dibujado entre el Libertador y el *Risorgimento* italiano. En un celebrado discurso de orden, pronunciado en Roma, en la sede de la Real Academia Italiana, el 17 de diciembre de 1930, siempre con motivo de la conmemoración del centenario de su muerte, el orador, Gioacchino Volpe¹³, exaltó ante un público, que incluía al propio Mussolini, el “alto sentido del Estado y de sus fundamentales atribuciones de unidad, autoridad, soberanía” que había demostrado Bolívar, quien, además, “había lúcidamente entendido la ‘inexorabilidad’ de aquel proceso centralizador” (cit. en Filippi 1987: 150).

Iguales conceptos serían desarrollados en la voz “Bolívar” del tomo correspondiente de la *Enciclopedia Italiana* (Treccani) publicado pocos meses después (Filippi 1987: 155-156). Asimismo, en otro texto, el panamericanismo bolivariano pasaba a ser un antecedente de un “pan-latinismo” que la nueva Italia fascista consideraba como su deber reivindicar (Filippi 1987: 156-157). Finalmente, en su prólogo a la edición italiana de *Cesarismo Democrático* de Laureano Vallenilla Lanz que desvirtuaba un tanto el sentido general del libro, el periodista Paolo Nicolai recalcó “la bondad intrínseca del sistema de gobierno boliviano, según el cual el pueblo concentra todos sus poderes en manos de quien, por sus preclaras virtudes, se revele como el Jefe verdadero, el hombre enviado por el destino” (Nicolai 1934: 9). El Libertador, en toda lógica, podía ahora pasar a ser el anticipador inspirado del *Duce*.

En todo caso, la identificación de Bolívar con el orden establecido y con la expresión de un nacionalismo consensual era también, para Venezuela, una forma conveniente de expresión política, particularmente en el difícil período de transición que siguió a la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935. El nuevo presidente, general Eleazar López Contreras¹⁴, se declaraba abiertamente “bolivariano” en cuanto a sus referencias ideológicas e intelectuales. Y a falta de una doctrina más precisa, haría de Bolívar la referencia visible de la política oficialista. A tal efecto, por decreto del 23 de marzo de 1938, erigió la recién fundada Sociedad Bolivariana de Venezuela¹⁵ en “institución pública nacional”

¹² El libro sería traducido al castellano ese mismo año por la editorial Araluce de Barcelona.

¹³ Secretario general de la Academia, Volpe era, según la opinión de Pierre Milza, el “mejor de los historiadores fascistas” (Milza 1999: 579).

¹⁴ Era autor de un libro, *Bolívar, conductor de tropas* (Caracas: Elite, 1930) que evocaba esencialmente las virtudes militares del personaje.

¹⁵ Creada en 1932, a iniciativa de un militar, el coronel Carlos Sánchez, la Sociedad Bolivariana invocaba como su antecedente a la Gran Sociedad Boliviana de Caracas, fundada en 1842, a raíz de la repatriación de los restos del Libertador, por sus partidarios más incondicionales con el fin de “contribuir a la perpetuidad de nombre y de la fama de Simón Bolívar por todos los medios a su alcance”. Pero esta pri-

y auspició la formación de “Agrupaciones Cívicas Bolivarianas” para efectos de reunir las listas de candidatos con apoyo oficial en las elecciones municipales de 1940. Como refiere la historiadora Clemy Machado de Acedo, López Contreras tuvo la habilidad “ante un pueblo mayoritariamente analfabeto, desinformado e influenciado por líderes locales [...] de utilizar en su programa el único símbolo que significa algo para éste, como es el nombre de Bolívar” (Machado de Acedo 1994: II, 1012). Ello era prueba, además, del éxito logrado desde hacía medio siglo en hacer de Bolívar el común denominador de la nacionalidad. Además, el “bolivarianismo” político podía ser utilizado, en tanto que ideología estrictamente “nacional”, para contrarrestar la “ideología extranjerizante” del marxismo.

El arma era particularmente eficaz, ya que, en medio de la cobertura globalmente favorable que la historiografía internacional le había dado desde hacía un siglo a la figura y actuación del Libertador, se destacó una sola voz francamente discordante, pero de considerable influencia para el futuro: la del propio Carlos Marx.

En 1856, por encargo de la *New American Cyclopaedia* publicada en Nueva York, Marx había redactado un largo artículo cuyo título mismo, “Bolívar y Ponte, Simón”, reflejaba ya una inexactitud.¹⁶ Apoyándose en las fuentes de información que tenía a su alcance en la biblioteca del British Museum de Londres y que consistían esencialmente en las memorias publicadas por algunos de los oficiales europeos que habían servido en las filas patriotas y que no siempre eran de fiar, Marx elaboró un retrato abiertamente negativo del Libertador, a quien calificó de sujeto moralmente sospechoso, de discutibles dotes como jefe militar y guiado en política por la ambición de un “dictador bonapartista”¹⁷, siendo ni más ni menos que un digno representante del patriciado criollo, principal beneficiario de la emancipación. Pese a que este artículo de enciclopedia no era uno de los textos más conocidos o relevantes dentro de la extensa obra de Marx, su connotación inapelablemente negativa presentaba un serio problema para quienes se reclamaban de un socialismo científico. Por otra parte, con la orientación abiertamente institucional y conservadora que se le venía dando al personaje, parecía difícil situar a Bolívar dentro del contexto de una visión política “progresista”.

Sin embargo, la necesidad insoslayable de tomar en cuenta la popularidad –real o inducida– de una de las figuras más destacadas de la historia latinoamericana, determinó un obligado proceso de revisión. Ya en 1934, con motivo de la publicación en Moscú de las *Obras Completas* de Marx y Engels, los editores soviéticos se dieron a la tarea de glosar los errores cometidos por Marx en cuanto a los hechos que había presentado en su artículo: errores excusables, pues, según se afirmaba, Marx había sido mal orientado por

mera Sociedad no logró prosperar y cesó sus actividades a fines de la década de 1840. La nueva Sociedad “Bolivariana” que aprovechaba la validez del vocablo, admitido desde 1927 por la Real Academia Española de la Lengua, tenía los mismos propósitos que la anterior y se ha dedicado hasta la actualidad a editar los *Escritos del Libertador*, así como numerosos trabajos relacionados con la vida y obra de Bolívar. Alberga su sede en un anexo de la Casa Natal del Libertador en Caracas (Briceño Perozo 1994: III, 1160-1161).

¹⁶ El apellido correcto habría sido el de “Bolívar y Palacios”. El padre del Libertador, Juan Vicente, era quien llevaba el apellido “Bolívar y Ponte”.

¹⁷ Tratándose en este caso de un “bonapartismo” a la Napoleón III (König 1986: 722-724; Filippi 1986: 732-739).

unas fuentes tendenciosas (Filippi 1992: 306-309; Arze 1998). Más que una forma de mero desagravio, la intención era también la de una eventual recuperación.

Significativamente, sería en un primer momento a través de la creación literaria y artística donde Bolívar empezaría a cambiar, una vez más, de rostro. Aunque no se refería directamente al personaje del Libertador, *Las lanzas coloradas* de Arturo Usler Pietri (1931) planteaba un cuadro de la guerra de independencia venezolana en que las profundas transformaciones sociales ocurridas en el país, a raíz de la lucha emprendida, eran vistas como la consecuencia de las decisiones tomadas por Bolívar. En marzo de 1936, pocos meses antes del triunfo electoral del Frente Popular en Francia, el poeta franco-uruguayo Jules Supervielle (1884-1960) presentó en París un drama en tres actos, titulado *Bolívar* (con arreglos musicales de Darius Milhaud), en el cual se exaltaba la figura de un auténtico “libertador” en el sentido político de la palabra. Más allá de sus debilidades de escritura –que no nos compete juzgar aquí– el fracaso de la obra se debió también a sus implicaciones: “en momentos en que el fascismo intentaba imponerse en Francia, ese *Bolívar* pareció singularmente fuera de lugar” (Étiemble 1998).

El proceso de revisión se encontraba en marcha. En 1940, el historiador ruso V. M. Miroshevski, al analizar la parte relativa a América Latina en la obra colectiva *La historia moderna de los países coloniales y dependientes*, aunque mantenía que Bolívar “nunca fue un demócrata” y “se proponía utilizar a las masas populares para elevar políticamente a los terratenientes criollos”, reconoció sin embargo que, al hacer todo lo posible por la separación de Hispanoamérica de la metrópoli, “tuvo en ese sentido una actuación progresista” que confirmó su empeño en evitar la desintegración política de los territorios liberados en contra de los intereses de los gobiernos extranjeros, especialmente Inglaterra y Estados Unidos (Filippi 1992: 309-313). Bolívar se convertía así en precursor del anti-colonialismo y del anti-imperialismo tercermundista en ciernes. Signo de estos nuevos tiempos historiográficos, un artista de abierta filiación comunista como Fernand Léger aceptó elaborar el decorado para la ópera *Bolívar*, compuesta por Darius Milhaud (1892-1974) y representada por primera vez en París en 1949 (Drake 1989), y Pablo Neruda (1904-1973), en su celebrado *Canto General* (1950), destacó la grandeza indiscutible de la hazaña bolivariana.

III

En el contexto de guerra fría, Bolívar aparecía ahora como objeto de pugna en la lucha ideológica entre Este y Oeste, lo que explica –pensamos– las numerosas biografías que entonces se le dedicaron. Para el connotado escritor Emil Ludwig (1881-1948), la vida del Libertador era “la vida de un idealista” (Ludwig 1947), así al menos se tituló la versión inglesa de su biografía, publicada en 1947. Más preocupado en recrear la historia psicológica de Bolívar para resucitar su figura, Ludwig centró su análisis en todas las etapas de un espíritu que definió como “romántico, exaltado y con deseos de justicia”. Para el novelista y politólogo norteamericano Waldo Frank (1889-1967), destacado especialista de los problemas latinoamericanos, Bolívar había sido el gestor de una nueva realidad, en la más pura tradición de un “campeón” de la libertad y cultor de una futura *democracy* (Frank 1951). Un propósito más académico, el de una síntesis que tomara en cuenta tanto la hazaña militar como los logros en materia política del Libertador, situán-

dolos además dentro del contexto continental de su época, fue el que guió al historiador norteamericano de origen alemán, Gerhard Masur (1901-1975) en la redacción de su *Simón Bolívar*, una documentada biografía publicada originalmente en inglés en 1948. Pero aun así, para Masur, quien con la llegada del nazismo en Alemania había tenido que exiliarse en los Estados Unidos, el tiempo de la independencia hispanoamericana era ante todo el de “la empresa plural de la libertad” (Salcedo Bastardo 1987: XV).¹⁸

En Venezuela, el final de la era gomecista marcó también el inicio de una visión historiográfica revisada de la figura del Libertador. Rufino Blanco Fombona, ilustre opositor al régimen dictatorial, publicó, en los últimos años de su vida, varios ensayos¹⁹ sobre diversos aspectos del personaje, enfocándolo más particularmente desde un punto de vista psicológico. Pero faltaba aún la biografía que lograra conciliar la interpretación erudita más “objetiva” posible de la figura histórica con las exigencias de la visión “oficial” de la realidad bolivariana. Este fue inicialmente el propósito que debía cumplir la obra que emprendió Salvador de Madariaga (1886-1978) a comienzos de la década de 1940. Madariaga era español, pero su vocación democrática, su oposición al régimen franquista y su innegable estatura intelectual parecían garantizar un resultado a la medida de las esperanzas. El monumental *Bolívar* de Madariaga²⁰ era probablemente –junto con la obra de Gerhard Masur que aún no había sido traducida al castellano– la biografía mejor documentada que, hasta la fecha, se le hubiese dedicado al Libertador, pero la publicación del libro, en 1951, desató en Venezuela una violenta polémica con tintes de escándalo.

Entre otras cosas, Madariaga insinuaba que la tentación monárquica de Bolívar había sido una realidad; su apreciación de las cualidades militares del Libertador no era considerada lo suficientemente elogiosa y su tratamiento de las relaciones entre Bolívar y San Martín o entre Bolívar y Santander altamente tendenciosa. Peor aún: insistía demasiado en relatar los pormenores de la vida amorosa del héroe, otorgándole un lugar supuestamente desmedido al papel desempeñado por su amante, Manuela Sáenz, y relataba la resistencia inicial que tuvo, en su lecho de muerte, a recibir los últimos sacramentos. Por último –injuria suprema para los guardianes de la ortodoxia bolivariana– se insinuaba que el “padre de la patria” podría haber tenido algún ancestro “de color”.

Para Vicente Lecuna –quien había sido hasta entonces amigo personal de Madariaga– y los miembros de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, tanto el libro como su autor hubiesen merecido, en otros tiempos, la hoguera y el auto de fe. A falta de ello, la Academia Nacional de la Historia emitió una declaración pública en la que condenaba el libro, declaración que se creyó obligada a reiterar 14 años después.²¹ Lecuna, por su parte, dedicó los últimos años de su vida a la tarea de refutar los errores e insinuaciones

¹⁸ Fue sólo en 1960 cuando se publicó en México la primera edición castellana de la obra (609 pp.). Con el pasar de los años ha sido considerada como una de las biografías más “ponderadas” de todas las que se le han dedicado al personaje del Libertador, ganándose –con reparos menores– el aval de las instituciones oficiales venezolanas, lo cual motivó su re-edición en Caracas en 1987.

¹⁹ *Bolívar y la guerra a muerte*, *El espíritu de Bolívar: ensayo de interpretación psicológica* y *Las mocedades de Bolívar*.

²⁰ Publicado en dos tomos de más de 600 páginas de texto cada uno.

²¹ “Declaración de la Academia Nacional de la Historia sobre el *Bolívar* del Señor Madariaga”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. XXXIV, N° 135, Caracas, 1951, pp. 233-234; “La Academia reitera su declaración sobre el *Bolívar* de Salvador de Madariaga”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. XLVIII, N° 191, Caracas, 1965, p. 446.

de Madariaga en los tres gruesos tomos de su *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar* (Lecuna 1956-1958)²², publicados póstumamente, mientras monseñor Nicolás Eugenio Navarro (1867-1960), para entonces director de la Academia Nacional de la Historia, se encargó de reeditar, en edición ampliificada, su documentado estudio acerca de *La cristiana muerte del Libertador* (Navarro 1955).

El desagravio final, en términos de obra escrita, ocurriría con la publicación en 1964 de *El Libertador* de Augusto Mijares (1897-1979), académico venezolano de intachable ortodoxia, que contaría con numerosas reediciones y comprobaría ser “una de las más iluminadoras y veraces” biografías, así como “el más bolivariano de los libros que sobre Bolívar se han escrito”, como recalcó Arturo Uslar Pietri –sospechamos, con algo de ironía– al firmar en 1983 el prólogo de una edición de lujo de la obra, patrocinada por Petróleos de Venezuela con motivo del bicentenario del natalicio del Libertador (Uslar Pietri 1983: 12-13). Bolívar, al menos una versión de Bolívar, había finalmente encontrado su pedestal de papel impreso.

Pero otra versión del personaje también encontraba ahora su justificación académica. La publicación, en 1958, del *Simón Bolívar* del historiador soviético José Grigulevitch, prontamente traducido al castellano con un prólogo del poeta Pablo Neruda, mostraba a un Libertador que lideraba una revolución “cuyos objetivos han sido cambiar no sólo la estructura política, sino también económica de las antiguas colonias” (Grigulevitch 1992: 323-326). Se insistía sobre el hecho que de Bolívar había proclamado, en 1816, la liberación de los esclavos y que, como todo buen revolucionario, había sido víctima de los elementos más reaccionarios de la sociedad que no coincidían con su proyecto republicano-democrático.

Estos mismos aspectos fueron retomados y ampliados en 1966 por el dirigente político social-demócrata dominicano Juan Bosch en su ensayo *Bolívar y la guerra social* (Bosch 1966), en el cual el Libertador aparecía –al igual que el autor– como una víctima de los intereses del imperialismo. Pero quizás la versión teórica más acabada del Bolívar cuestionador del orden social establecido (en el siglo xx) sería la que diera el filósofo marxista venezolano J. R. Núñez Tenorio en su ensayo *Bolívar y la guerra revolucionaria*, escrito en 1967 en la cárcel de La Pica y publicado en 1969, después de la amnistía con la cual se benefició su autor. Para Núñez Tenorio, la guerra de independencia había sido una guerra auténticamente revolucionaria, tanto por sus métodos –la guerrilla– como por sus metas: alcanzar una auténtica liberación social. Pero los nobles propósitos libertarios de Bolívar habían sido desvirtuados, desde los inicios de la vida republicana hasta el presente y era, por lo tanto, el sagrado deber del pueblo venezolano y de sus líderes –entendiéndose, claro está, sus líderes de izquierda–, retomar los ideales originarios de la emancipación para así redimir el sueño bolivariano de una Venezuela y de una América libres del yugo del imperialismo y del coloniaje (o del neo-coloniaje, en este caso): “Sin faltar a la verdad, Bolívar pudo siempre decir: ‘yo soy la revolución; en mí se encarna la República’. ¡Reencarnemos nosotros a Bolívar!” (Núñez Tenorio 1969: 179).²³ Era, por lo tanto, lógico que el nombre de Bolívar apareciera íntimamente asocia-

²² Este “Catálogo” incluyó también una serie de notas críticas sobre la biografía de Emil Ludwig.

²³ La frase citada había sido tomada por Núñez Tenorio de las páginas de la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco, una de las obras clave en la fundamentación del mito oficial bolivariano.

do a la acción guerrillera venezolana y que, aún en la actualidad, una de las brigadas de las FARC colombianas lleva el nombre de “Simón Bolívar”. Como afirmó el antropólogo marxista venezolano Miguel Acosta Saignes (1908-1989) en su ensayo, galardonado en 1977 con el premio “Casa de las Américas” de La Habana, Bolívar era verdaderamente “el hombre de las dificultades” (Acosta Saignes 1977).²⁴ Las había enfrentado y las había intentado vencer. Sus logros debían ser reivindicados y sus fracasos debidamente redimidos.

Paradójicamente, esta noción de redención, aplicada a la figura del Libertador, era también esgrimida por los círculos oficialistas. Todas las dificultades que había atravesado y atravesaba la nación venezolana se debían a la necesaria expiación del pecado original de haber aceptado sin protestas “la infame proposición de destierro contra el Padre de la Patria”. El autor de esas líneas, el cardenal-arzobispo de Caracas (e historiador) José Humberto Quintero (1902-1984) explicaba, en efecto, que: “la historia nos testifica, cuando observamos su marcha desde las alturas de la fe, que uno de los medios habituales de la Providencia Divina para penar los delitos colectivos ha sido privar a los pueblos ora de la libertad, ora de la paz” (citado en Carrera Damas 1983: 108).

La reafirmación a ultranza del culto bolivariano era, por lo tanto, una forma de exorcizar las sombras del pasado. Ya para 1969, en su célebre tesis sobre *El culto a Bolívar* (1969), el historiador venezolano Germán Carrera Damas desarmaba los mecanismos mediante los cuales el “culto de un pueblo” se había trocado en la organización de un “culto para el pueblo”, aunque nos hemos preguntado muchas veces si el lugar que ocupa efectivamente el Libertador en la religión popular venezolana, como una de las figuras del Panteón de la diosa María Lionza (Martín 1983: 107-238), no ha sido precisamente uno de los resultados de la acción inducida por la promoción del mito patrio bolivariano.

En todo caso, con la ayuda de los dineros del petróleo, Bolívar, como figura historiográfica, podía convertirse ahora en producto de consumo masivo –a nivel interno– así como producto de exportación, bajo el financiamiento de bustos y estatuas, o de la edición y distribución de libros como el *Bolívar, un continente y un destino* del diplomático y académico José-Luis Salcedo Bastardo, traducido hasta en árabe, en hindi o en chino (Salcedo Bastardo 1972).²⁵ Con la creación, en 1974, del “*Bolivarium*” de la Universidad Simón Bolívar de Caracas, dedicado a albergar la colección más completa posible de documentos y material bibliográfico sobre el Libertador, se alcanzaba una sistematización en cuanto a la investigación llevada a cabo.²⁶ Finalmente, la celebración del bicentenario del natalicio del Libertador, en 1983, marcó así la culminación de un proceso de reivindicación colectiva que ilustró el sorprendente otorgamiento del primer “Premio Internacional Simón Bolívar” al rey de España, Don Juan Carlos, que acompañó un dis-

²⁴ En un mismo orden de ideas, véase Kossok (1984).

²⁵ Coincidiendo con las pretensiones de liderazgo tercermundista de Venezuela, en la cúspide de su riqueza petrolera, el *Bolívar* de Salcedo Bastardo, producto clásico de la erudición oficialista, recalca la dimensión continental americana de la vida y obra del Libertador.

²⁶ Según la estimación de su fundador y primer director, Juan Morales, los trabajos en torno a Bolívar y la independencia, en distintos idiomas, superan en la actualidad los 3.000 títulos (incluyendo las colecciones documentales de los escritos del Libertador), cifra de cierta consideración, pero que aún queda muy por debajo de los 80.000 títulos que, hasta la fecha, ha producido la bibliografía napoleónica.

curso de orden pronunciado –cosa aún más sorprendente, pues la entrega del premio se hizo en Caracas– por el presidente de Colombia, Belisario Betancur.

Con la llegada al poder de Hugo Chávez, la actual situación del mito bolivariano no es sino la consecuencia lógica del oportunismo con el cual se ha utilizado desde hace más de un siglo la figura histórica de Bolívar. Chávez es el producto híbrido de un culto oficial que no vaciló en proclamar que “el más santo de los deberes militares será el amor a la Patria y el respeto y admiración hacia sus libertadores” (Carrera Damas 1983: 109) y de la interpretación radical que se le ha dado a ese culto. No es de extrañar que uno de los ideólogos más influyentes del chavismo, al menos en su fase inicial, haya sido precisamente J. R. Núñez Tenorio. Bolívar es, por lo tanto, el inspirador supremo de la supuesta “Revolución Chavista” y de sus “Círculos Bolivarianos”, que gran parte de la población ha rebautizado con el apodo, quizás más apropiado, de “Talibanes”.

Como denuncia Juan Morales, el primer director del “*Bolivarium*”, el uso y el abuso de Bolívar a discreción han llevado a una total confusión en torno al personaje: antibolivariano cuando encabezó el movimiento separatista de la Gran Colombia, José Antonio Páez, el primer presidente de Venezuela, “se convirtió en bolivariano cuando necesitó un basamento político para justificar su regreso al poder”; bolivarianos se declararon, tanto Juan Vicente Gómez como Marcos Pérez Jiménez, los dos dictadores del siglo xx venezolano. “Bolivarianos se declaran los socialdemócratas, comunistas, ultraizquierdistas, sacerdotes y hasta los terroristas [...] Bolivarianos se han declarado desde Fidel hasta Pinochet” (Morales 2002). Antaño identificado por Miguel de Unamuno con el personaje de Don Quijote, Bolívar se encuentra hoy encerrado dentro de un laberinto historiográfico tan inextricable como el laberinto personal que evocó Gabriel García Márquez en su novela sobre los últimos momentos del exilio del Libertador en Santa Marta (García Márquez 1989). El problema es que ese laberinto es también, en cierto modo y desde el punto de vista mental, el que los mismos venezolanos se han creado.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel (1977): *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana: Casa de las Américas.
- André, Marius (1924): *Bolívar et la démocratie*. Paris: Excelsior.
- Arze, José Roberto (1998): *Análisis crítico del “Bolívar” de Marx*. La Paz: Anthropos.
- Baralt, Rafael María (1939): *Resumen de la Historia de Venezuela*. Bruges-Paris: Desclée de Brouwer.
- Bosch, Juan (1966): *Bolívar y la guerra social*. Buenos Aires: Editorial J. Álvarez.
- Bricenio Perozo, Mario (1994): “Sociedad Bolivariana de Venezuela”. En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, Tomo III, pp. 1160-1161.
- Carrera Damas, Germán (1969): *El culto a Bolívar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- (1983): “Simón Bolívar, el Culto Heroico y la Nación”. En: *Hispanic American Historical Review*, 63, 1, pp. 108-126.
- Dawson, Frank (1990): *The first Latin American Debt Crisis*. New Haven: Yale University Press.
- Drake, Jeremy (1989): *The Operas of Darius Milhaud*. New York: Garland Publishers.
- Esteller, Antonia (1886): *Catecismo de Historia de Venezuela*. Caracas: Dirección de Instrucción Pública.
- Étiemble, René (1998): “Supervielle, Jules”. En: *Encyclopaedia Universalis*. Paris: versión CD-Rom.

- Filippi, Alberto (1987): *El Libertador en la Historia italiana: Ilustración, "Risorgimento", Fascismo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- (ed.) (1986): *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía. Volumen I. Siglo XIX*. Caracas: Presidencia de la República.
- (ed.) (1992): *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía. Volumen II. Siglo XX*. Caracas: Presidencia de la República.
- Franceschi, Napoleón (1994): *Vida y obra... Feliciano Montenegro Colón*. Caracas: Imprenta Municipal.
- Frank, Waldo (1951): *Birth of a World: Bolivar in Terms of his Peoples*. Boston: Houghton Mifflin.
- García Márquez, Gabriel (1989): *El general en su laberinto*. Madrid: Mondadori.
- Grigulevitch, José (1992): "Por qué escribí la biografía de Bolívar". En: Filippi, Alberto (ed.): *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía. Volumen II. Siglo XX*. Caracas: Presidencia de la República, pp. 323-326.
- Harwich Vallenilla, Nikita (1988): "La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LXXI, 282, pp. 349-388.
- (1994): "Le discours historiographique du Venezuela au XIX^{ème} siècle". En: Guerra, François-Xavier (ed.): *Mémoires en devenir: Amérique latine XVII^e-XX^e siècle*. Bordeaux: Maison des Pays Ibériques, pp. 193-206.
- König, Hans-Joachim (1986): "Bolívar y la independencia en los escritos de cronistas y pensadores alemanes del siglo XIX". En: Filippi, Alberto (ed.) *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía. Volumen I. Siglo XIX*. Caracas: Presidencia de la República, pp. 722-724.
- Kossok, Manfred (1984): *Simon Bolivar und das historische Schicksal Spanisch-Amerikas*. Berlin: Akademie Verlag.
- Lafond, Georges/Tersane, Gabriel (1930): *La vie de Simon Bolivar*. Paris: Gallimard (Vies des hommes illustres, n° 53).
- Lecuna, Vicente (1956-1958): *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, 3 vols. Caracas: Fundación Vicente Lecuna.
- Ludwig, Emil (1947): *Bolivar: the Life of an Idealist*. London: W. H. Allen.
- Machado de Acedo, Clemy (1994): "López Contreras, Gobierno de". En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, Tomo II, pp. 1106-1113.
- Martín, Gustavo (1983): *Magia y religión en la Venezuela contemporánea*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Mijares, Augusto (1964): *El Libertador*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Milza, Pierre (1999): *Mussolini*. Paris: Fayard.
- Morales, Juan (2002): "Bolivarianismo y antibolivarianismo venezolano". En: <<http://www.bolivaresdetodos.net/pdf/jma1.pdf>> (septiembre 2002).
- Montenegro y Colón, Feliciano (1960): *Historia de Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Navarro, Nicolás Eugenio (1955): *La cristiana muerte del Libertador*. Caracas: Imprenta Nacional.
- Nicolai, Paolo (1934): "Prefazione". En: Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo Democrático*. Roma: Cremonese, pp. 5-10.
- Núñez Tenorio, José Rafael (1969): *Bolívar y la guerra revolucionaria*. Caracas: Editorial Nueva Izquierda.
- Pestrinaux, Chantal (2003): "Don Quichotte et Bolivar". En: *Cahiers du C.R.I.A.R.*, 21, pp. 785-792.
- Plaza, Elena (1990): "Historiografía y Nacionalidad: el Resumen de la Historia de Venezuela de Rafael María Baralt". En: *Tiempo y Espacio*, VII, 13, pp. 63-96.

- Salcedo Bastardo, José Luis (1972): *Bolívar, un continente y un destino*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- (1987): “Prólogo”. En: Masur, Gerhard: *Simón Bolívar*. Caracas: Grijalbo/Academia Nacional de la Historia, pp. XV-XXV.
- Torres Caicedo, José María (1865): *Unión Latino-Americana, pensamiento de Bolívar para formar una liga americana; su origen y sus desarrollos*. París.
- Uslar Pietri, Arturo (1983): “Prólogo”. En: Mijares, Augusto: *El Libertador*. Caracas: Petróleos de Venezuela, pp. 9-13.
- (1994): “Bolívar, Simón”. En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, Tomo I, pp. 478-485.
- Vayssière, Pierre (1988): “Bolivar, le mythe du libérateur”. En: *L'Histoire*, 128, p. 12.